

JORGE SANCHEZ



María Luisa Bemberg durante el último Festival de Cine de Viña del Mar.

Fue la primera directora latinoamericana en el jurado de Berlín

María Luisa Bemberg, con la cámara en el otro hombro

JENS HOLST
- Berlín

Fueron pocos los rayos de esperanza que iluminaron el frío invierno alemán, el cual al final se atrevió a competir con las presentaciones cinematográficas de la cuadragésimo cuarta Berlinale. Sería injusto culpar a la recesión económica que aflige al país anfitrión, que estaba abogando a uno de los festivales más reconocidos del globo. A pesar del recorte de la subvención estatal en medio millón de dólares, durante los últimos diez días se mostraron más de 650 películas repartidas entre el concurso, el Foro de la Película Joven, el Panorama y la Retrospectiva, donde destacaron los filmes del director y actor alemán Erich von Stroheim y de la estrella italiana Sofia Loren.

Tanto para el público profesional como para los espectadores legos, el gran mérito de los organizadores del Festival de Cine siempre ha sido juntar un sinnúmero de películas que nunca logran llegar a los grandes templos, el negocio cinematográfico, sobre todo de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

Sin embargo, los directores y productores del llamado Tercer Mundo, en lugar de tener un foro para plantear su concepción artística, se ven enfrentados a las preguntas estereotipadas acerca de las condiciones económicas con

que hacen cine en sus respectivas tierras. Ni siquiera la propuesta de un periodista africano de iniciar la unificación de los cineastas del Tercer Mundo tuvo eco.

Frente a la escasez financiera del cine africano, asiático y latinoamericano, se está vislumbrando una salida viable que, por encima, encaja perfectamente con la lógica del mercado. La película cubana *Fresa y chocolate* se realizó con un premio que el guión había ganado en España; la brasileña *El tercer margen del río* fue financiada fundamentalmente por la televisión francesa; y el aporte colombiano *La estrategia del caracol* se hizo con ayuda de las ONGs europeas.

El brasileño Pereira dos Santos hasta subrayó las ventajas comparativas de su país: en Brasil una película puede ser un 30 por ciento más barata que en otros lugares. Involuntariamente, el director desmintió las palabras del alcalde de Berlín. En un vano intento por demostrar su capacidad retórica, y aludiendo a las negociaciones del GATT recientemente terminadas, Eberhard Diepgen inauguró la Berlinale diciendo "la película no es un plátano". En el plano objetivo tenía razón, pero en términos económicos la diferencia no es tan notoria.

En el oficio

María Luisa Bemberg es una

representante de ese Tercer Mundo que, a pesar del dinero, tiene una producción cinematográfica capaz de llegar a muestras como la de Berlín. Y este año fue la primera directora latinoamericana presente en el jurado.

—¿Fue una gran responsabilidad para usted?

—No, al contrario. El problema es más fácil puesto que es mi oficio, es un lenguaje que yo comprendo, que conozco y que amo. En cuanto a que nunca ha habido una directora latinoamericana, usted sabe que en el mundo el porcentaje de mujeres y varones que hace cine es ínfimo. El 93 por ciento son varones y sólo el siete por ciento, mujeres.

—¿Hay un tópico que usted considere fundamental en su trabajo?

—Soy muy comprometida ideológicamente con respecto al rol de la mujer en la sociedad contemporánea. Es más, yo diría que es la razón por la cual entré en el cine. Me cansé, me harté de ver la imagen de las mujeres casi siempre en roles secundarios, que hacen la pregunta para que el actor pueda decir la frase profunda o graciosa, o el gag. Y la mujer está siempre para lo erótico o para lo sentimental, pero nunca se ve pensante. Me propuse tratar modestamente, desde mi rincón del planeta, de modifi-

car esta imagen y poner mujeres autónomas, lúcidas, básicamente mujeres libres, para que de esa manera las que están en la platea puedan identificarse con mujeres que le sirvan de ejemplo para crecer ellas mismas. Creo que el gran freno que tienen las mujeres todavía hoy en día es una cierta indolencia, una cierta pasividad.

—Me siento muy contenta de haber puesto mi granito de arena para provocar en las mujeres una toma de conciencia de que tenemos el mismo derecho que el hombre a un destino personal; que en vez de heredar la vida de nuestras madres y abuelas podemos asumir un destino personal y no sólo el destino de esposa y madre; lo que se puede tener, por supuesto, yo tengo cuatro hijos y soy abuela.

—¿Hay una mirada de mujer en sus películas?

—Pero seguro, la mirada la tengo no solamente yo, la tenemos todas las mujeres. Lo que pasa es que muchas veces, en vez de usar sus propios ojos, prefieren aceptar los códigos establecidos. Todavía está claro que no existen dos culturas como si fueran las dos caras de la moneda; las dos caras de la moneda tienen una cultura masculina. Nos han dicho desde que el mundo es mundo cómo somos, qué tenemos que hacer y cómo vivir. Y, de repente, en este maravilloso fin de siglo XX, hará unos 25 años empezaron las mujeres a decir: "¿Y por qué? ¿Y si no fuera así?". Y empezaron a replantearse sus roles y a enojarse y a patear las puertas. Creo que filmar desde una mujer es como cambiar la cámara de hombro, y eso es lo que vale la pena, porque para filmar como los hombres... ellos lo hacen divinamente, no puedo aportar nada que no haya sido contado y hecho de forma fenomenal. La mirada de mujer es diferente, cuestionadora, inquisidora casi en ciertos momentos y puede aportar algo nuevo e interesante al cine.

—Usted sostiene que ve otras cosas por el hecho de ser mujer.

—No sé si es porque soy mujer o porque soy artista. Probablemente es una mezcla de ambas cosas. Es muy curioso, casi siempre los periodistas me preguntan por qué cuento siempre historias de mujer. A mí me fastidia mucho porque siempre pregunto si también a un director varón le preguntan por qué sus personajes son siempre masculinos, por qué tengo que explicarme y prácticamente pedir perdón. Una película, vamos a suponer, sobre la soledad, que es un tema universal, si está contado desde una mujer, es una historia específica, limitativa. Eso es una discriminación absolutamente absurda.

—¿Se ha planteado usted en algún momento trabajar con un personaje masculino?

—Como no. En la última película Marcello Mastroianni es protagonista. No vamos a repetir las mujeres los errores de los varones y marginar a los varones y cometer los mismos tipos de fascismo porque, para mí el sexismo es la primera expresión fascista. Es una mirada absolutamente reaccionaria sobre el mundo.